

COINCIDENCIAS ENTRE *SAN MANUEL BUENO, MÁRTIR* (UNAMUNO) Y *LA ALDEA DE ROMÀNS* (PASOLINI)

SIMILARITIES BETWEEN *SAN MANUEL BUENO, MÁRTIR* (UNAMUNO) AND *ROMÀNS* (PASOLINI)

Rebeca Martín Gil

IES Madrid-Sur

ABSTRACT

We analyse in this paper the similarities between two novels by different authors of the 20th century: on the one hand, *San Manuel Bueno, mártir*, by the Spanish Miguel de Unamuno (1864-1936) and, on the other hand, *Romàns*, by the Italian Pier Paolo Pasolini (1922-1975). In both books, the main character is a doubtful priest: in Unamuno's novel (1931), the priest hesitates about faith and immortality; in the case of Pasolini's book (1994), he's has doubts about sexuality, although we also can see political and social issues. Both books, in turn, are influenced by *Il santo*, by the Italian Antonio Fogazzaro (1905), a longer novel than the previous. We know that Pasolini had read some Spanish authors, as Juan Ramón Jiménez or Antonio Machado, but we are not sure that he read Unamuno.

Key words: Unamuno, Pasolini, faith, sexuality, Christianity, immortality.



RESUMEN

En este artículo vamos a abordar las similitudes entre dos obras de distintos autores del siglo XX: por un lado, *San Manuel Bueno, mártir*, del bilbaíno Miguel de Unamuno (1864-1936) y, por otro, *La aldea de Románs*, del italiano Pier Paolo Pasolini (1922-1975). En ambas novelas, el protagonista es un sacerdote con ciertas dudas: en el caso de Unamuno (1931), acerca de la fe y la inmortalidad; en el caso de Pasolini (pública postumamente en 1994, escrita en 1949), estas dudas están más relacionadas con la sexualidad, aunque observamos de fondo temas políticos y sociales. Ambos títulos beben, a su vez, de *Il santo*, de Antonio Fogazzaro (1905), novela mucho más extensa que las anteriores. Aunque sabemos que Pasolini conocía a autores españoles como Juan Ramón Jiménez o Antonio Machado, no tenemos constancia de que hubiera leído a Unamuno.

Palabras clave: Unamuno, Pasolini, fe, sexualidad, Cristiandad, inmortalidad.

Fecha de recepción: 26 de agosto de 2022.

Fecha de aceptación: 10 de octubre de 2022.

Cómo citar: Martín Gil, Rebeca (2022): «Coincidencias entre *San Manuel Bueno, Mártir* (Unamuno) y *La aldea de Románs* (Pasolini)», en *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 6: 321-335.

DOI: <https://doi.org/10.15366/actionova2022.6.014>

INTRODUCCIÓN

Unamuno publica *San Manuel Bueno, mártir*, considerado su testamento espiritual, en 1931, pocos años antes de fallecer (1936). Esta nivola, de carácter autobiográfico, ahonda en uno de los temas predilectos de Unamuno: la inmortalidad. Su protagonista, el sacerdote Manuel Bueno, no cree en Dios, pero considera una obligación que los habitantes de su pueblo, Valverde de Lucerna, sigan creyendo en Dios, y en la recompensa de una mejor vida más allá de esta. Si bien este sacerdote tiene la certeza de no creer, el sacerdote protagonista de la novela de Pasolini sí se encuentra en un mar de dudas. El escritor y cineasta italiano escribió esta novela en su juventud (1949), y *Romàns* (en castellano, *La aldea de Romàns*), ha permanecido inédita hasta hace poco tiempo. Las dudas de este sacerdote, que refleja también el carácter de un joven Pasolini, no son solo sobre la religión, sino sobre la sexualidad (la homosexualidad) y la política (el comunismo). La política aparece también, de forma más velada, en la novela de Unamuno, cuyo párroco prefiere obviar estos temas.

1. EL NARRADOR

En la novela de Pasolini, hay dos narradores: la novela empieza (capítulos I y II) y termina (IV al VII) con un narrador en tercera persona, pero entre medias se intercala un diario de las labores docentes del protagonista, Paolo, desde el 18 de febrero de 1948 hasta algo más tarde del 7 de abril, aunque no se llega a concretar la fecha en que termina este escrito autobiográfico.

En la “nivola” de Unamuno, la narradora es Ángela, en primera persona testigo, aunque su relato va recogiendo las versiones que le han ido dando otros personajes, sobre todo su hermano, Lázaro:

Quiero dejar aquí consignado, a modo de confesión y solo Dios sabe, que no yo, con qué destino, todo lo que sé y recuerdo de aquel varón matriarcal que llenó toda la más entrañada vida de mi alma, que fue mi verdadero padre espiritual, el padre de mi espíritu, del mío, el de Ángela Carballino (Unamuno, 2020: 79-80).

Unamuno también aparece como personaje, recurriendo a la técnica del manuscrito encontrado, de modo que en *San Manuel Bueno, mártir*, igual que en *La aldea de Romàns*, encontramos dos narradores.

A diferencia del sacerdote italiano, Manuel Bueno no escribe textos para él, pero sí redactaba cartas a las madres analfabetas para los hijos ausentes, que trabajaban fuera del pueblo.

Para Nicholas, que Ángela escriba a partir de sus recuerdos, aunque sea para contar su propia versión, alejada de la de sus vecinos, supone crear un nuevo mito:

“La literaturización” del recuerdo vital se convierte, por fin, en un nuevo proceso de mitificación” (Nicholas, 1983: 108).

2. EL ESPACIO Y LAS IDEAS

Tanto en Fogazzaro como en Unamuno, vemos una aldea de montaña, cerca de un lago. Este lago que en el sacerdote de Unamuno incita al suicidio, también en Fogazzaro aparece asociado, si bien no al suicidio, sí a la muerte:

Maironi vive en el valle de Valsolda de Lugano, rodeado de montañas, junto al hermoso lago donde se refleja la antigua iglesia y un pino, cuya imagen permanecerá grabada en su memoria, como la de un símbolo misterioso que presagia su muerte (Luppoli, 1968: 50).

Dentro de la narración de *El Santo*, el hermano de la protagonista, escritor, también sitúa la novela que está redactando junto a un lago, que llama Lac d’amour. Ahí nos encontramos asimismo un sacerdote, en este caso un hombre mayor, que es confidente religioso de una joven. Estos dos personajes, el sacerdote mayor y la muchacha joven, mantienen una relación de amistad que evoluciona hacia un amor platónico, de un modo parecido a Manuel Bueno y Ángela Carballino, como afirma Garrido Ardilla (2011).

En Unamuno, la aldea donde transcurren los hechos se llama Valverde de Lucerna (cuyo nombre recuerda al valle que Fogazzaro había creado en *El santo*). Este pueblo imaginario parece basarse en Sanabria, en Zamora, cerca del lago de San Martín de Castañeda. Unos meses antes de escribir *San Manuel Bueno, mártir*, a su regreso del exilio en Francia, el 1 de junio de 1930, había visitado este lugar, acompañado del doctor Cañizo, médico y Catedrático de la Universidad de Salamanca.

Pasolini empieza *in media res* su novela, en un viaje en tren, «en un compartimento del tren Venecia-Urdice» (Pasolini, 2021: 21), donde viajan el sacerdote, el joven Renato y el adolescente de catorce años Cesare Jop. Asistimos a una discusión política entre Renato, comunista, y un comerciante cuarentón, de la que el sacerdote también es testigo. El comerciante define a los comunistas como «gentuza, criminales que han perdido toda forma de respeto» (Pasolini, 2021: 28) e incluso llega a decir que «son unos asesinos» (Pasolini, 2021: 29). Pasolini se había afiliado al Partido Comunista en 1948, un año antes de la escritura de su novela, tras unirse a las revueltas de los campesinos frente a los terratenientes en Friul, apoyados por cierta parte de la iglesia. El lugar en el que transcurre la novela es donde él ha vivido gran parte de su infancia, ya que de ahí procede su familia materna:

Conozco el Friuli como primer lugar de la vida (Naldini, 1992: 20).

Renato intenta relacionar la religión con la política (concretamente, con el comunismo), y así lo argumenta en una carta que envía al sacerdote Paolo y en la que interpreta el mensaje de Jesús hacia los seglares:

¿Cómo podría explicarle que Cristo, cuando decía: consuela a los enfermos, alimenta a los hambrientos, etcétera, para nosotros, la gente de nuestro tiempo, quería decir: Haced reformas estructurales? (Pasolini, 2021: 103)

Destaca, en el caso del escritor italiano, «su firme posición política en un momento en el que, en Italia, la vida política se estaba difuminando». (Maresca y Bazzocchi, 2006: 60). Su visión política la podemos observar no solo en sus textos, sino también en sus películas, como el *Evangelio según San Mateo* (1964). A pesar de que Pasolini asegura no sentirse católico, en sus obras y en su vida vemos un intento constante de combatir el moralismo del catolicismo, lucha que refleja el personaje del cura Paolo en *La aldea de Románs*.

Frente a la actitud luchadora de Renato, un campesino viejo, conformista, le responde: «Hemos nacido para trabajar y sacrificarnos: es inútil que nos rondan ideas raras por la cabeza.» (Pasolini, 2021: 74).

Volviendo al viaje en tren en el que empieza la novela, el sacerdote, Renato y Cesare van hacia San Pietro, «una aldea: tendrá cuatro mil habitantes». Renato describe esta aldea: «hay un olor rético, de zona marginal» (Pasolini, 2021: 27):

Pasolini residió en la zona de Friül, donde transcurre la novela, concretamente en Cjasarse (Casarsa della Delizia), el pueblo de su madre, desde 1943, año en que su padre, militar, fue hecho prisionero en Kenia (Díaz Pérez: 1993), hasta 1949, en que tuvo que marcharse por motivos religiosos y políticos, como veremos más adelante. Así describe el pueblo, que podría confundirse perfectamente con el San Pietro de la novela:

Casarse és un poble ideal en el qual la misèria, el cansament i la fam dels camperols no tenen (per ara) un contorn: un poble fora del temps. (Pellegrini, 1985: 64)

Los padres y hermanos de Cesare, como mucha gente en San Pietro, son comunistas, opción política que el chaval asocia con la pobreza. Asociada a la pobreza, está la emigración. Muchos italianos se ven obligados a emigrar, como Cesare y su padre, a Canadá :

“Aquí en Italia las cosas no van bien para nosotros los pobres” (Pasolini, 2021: 89)

En el caso de Unamuno, también hay vecinos que se marchan a trabajar, empujados por una misma necesidad económica, fuera del pueblo e, incluso, al Nuevo Mundo, como Lázaro, que regresa a Valverde de Lucerna cuando su hermana Ángela tiene 24 años.

3. EL FÍSICO DEL SACERDOTE Y SU RECEPCIÓN POR EL PUEBLO

A través del narrador omnisciente de Pasolini, el joven Cesare describe al sacerdote:

Tenía cara de chico sano, guapo y simpático; una barba algo crecida aumentaba la dulzura de su expresión inteligente (...) Aquel sacerdote le caía bien: no tenía la cara de esos que la emprenden a bofetones con los chicos en los escalones del altar si molestan en misa, ni de esos tan aburridos cuando enseñan el catecismo o a confesar (Pasolini, 2021: 26).

A los pocos días de llegar a San Pietro, el cura pronuncia su primer sermón, que causa impresión en los asistentes a misa:

A los feligreses, durante todo el día, no se les quitó de la cabeza la impresión de esas palabras que habían escuchado balbuceantes, pero con mucha dulzura, al joven sacerdote; y con el paso del tiempo la impresión fue creciendo (Pasolini, 2021: 35).

Pocos días después de la llegada del sacerdote, le acompaña su madre, en su estancia en San Pietro. La madre de Manuel Bueno también reside en su pueblo, en la novela de Unamuno, y se emociona cuando su hijo proclama, en el sermón de Viernes Santo, esta pregunta del Salmo 22: “¿Dios mío, por qué me has abandonado?” Aparte de que está cerca físicamente de su madre, de la familia de Manuel solo sabemos que tiene una hermana viuda y sobrinos, a los que se menciona fugazmente y no vuelven a aparecer nombrados en la novela.

En cuanto a Paolo, los vecinos lo acogen bien, y personajes comunistas como Renato afirman:

es inteligente y no es como los demás curas: quién sabe, quizá él también tenga sus dudas... (Pasolini, 2021: 76).

También el padre de Cesare, comunista, asegura: «¡Todos en San Pietro lo quieren!» (Pasolini, 2021: 91). Incluso en las paredes, en este caso del muro de un jardín de infancia, se puede leer: «Abajo el padre Giuseppe, viva el padre Paolo» (Pasolini, 2021: 105)

En la novela de Unamuno, Ángela niña recuerda a Manuel Bueno, cuando ella tenía diez años, antes de ir al colegio de monjas, causando una sensación parecida entre los lugareños:

Tendría él, nuestro santo, entonces unos treinta y siete años. Era alto, erguido, llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta y había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago. Se llevaba las miradas de todos y tras ellas los corazones (Unamuno, 2020: 80).

La fama del sacerdote Manuel se extiende más allá de Valverde de Lucerna, y una amiga del colegio le señala a la narradora en una carta que le envía desde el colegio de monjas a Ángela, que ya está de vuelta en su pueblo:

¡Qué suerte, chica, la de poder vivir al lado de un santo así, de un santo vivo, de carne y hueso, y poder besarle la mano! (Unamuno, 2020: 84)

Los feligreses «era como si oyesen a Nuestro Señor Jesucristo mismo» (Unamuno, 2020: 89).

Este magnetismo del sacerdote irrita a Lázaro, recién llegado de América, con una visión progresista del mundo:

Cuando se percató de todo el imperio que sobre el pueblo todo y en especial sobre nosotras, sobre mi madre y sobre mí, ejercía el santo varón evangélico, se irritó contra este. Le pareció un ejemplo de la oscura teocracia en que él suponía hundida a España. (Unamuno, 2020: 107)

Ya en la novela de Fogazzaro (1905), vemos cómo este sacerdote consigue atraerse a los feligreses y, sobre todo, a las mujeres:

Piero Maironi (el santo), que es un hombre joven, bien parecido, de mirada profunda, que inspira confianza y simpatía a todos, particularmente a las mujeres, aparece por primera vez en *Piccolo Mondo antico* (Luppoli, 1968: 50)

4. LAS DUDAS DEL SACERDOTE

Antes de entrar a analizar las características psicológicas de los personajes, debemos tener en cuenta que un joven (de apenas doce años) Miguel de Unamuno tuvo en 1875 su primera crisis personal: atraído por el misticismo, se debatía entre la idea de ser sacerdote y la atracción por una joven, Concha Lizárraga, amiga de la infancia, con quien finalmente contrajo matrimonio en 1891, el mismo año que obtuvo la cátedra de Griego en la Universidad de Salamanca. A estas crisis, le sucedieron otras, como la de 1897, que refleja en su *Diario íntimo*. Sánchez Barbudo considera que Unamuno, alter ego de Manuel Bueno, «fue un ateo que anhelaba a Dios y a la eternidad y a quien consumía (...) un gran deseo de fama» (García Jiménez, 2011: 38).

Esta hambre de inmortalidad va acompañada de un afán por no morir, a pesar de la tentación del suicidio. El mayor avance en la inmortalidad que puede encontrar Manuel Bueno es que sus ideas perduren. Sin embargo, su mensaje no puede perdurar, ya que los dos confidentes, Ángela y Lázaro, no tienen hijos. Si acaso, las memorias de Ángela, en el caso de que alguien, en el mundo ficcional, las lea.

El suicidio está presente no solo en las crisis de Unamuno, sino en una que tiene Pasolini en 1941, cuando su padre, ascendido, es destinado a África, como confiesa en una carta a Silvana Mauri el 10 de febrero de 1950: tiene una «no gravísima neurosis» que le hace pensar continuamente en el suicidio (Naldini, 1992: 34).

En la novela *El santo*, de Antonio Fogazzaro, publicada en Italia en 1905, y que parecen haber leído tanto Unamuno como Pasolini, hay un personaje, Carlino, que está escribiendo un texto literario en el que un sacerdote tiene dudas religiosas:

Su novela versaba sobre un caso curioso de contagio espiritual. (...) Un día, este sacerdote confiesa a un hombre de gran ingenio, combatido por terribles dudas sobre la fe. Una vez acabada la confesión, el penitente se va tranquilamente y el confesor se queda turbado sobre sus propias creencias. (Fogazzaro, 2015: 25)

Manuel Bueno afirma, a pesar de su crisis religiosa, que su papel como sacerdote, o como ser humano, es llevar al pueblo a la felicidad:

Yo estoy aquí para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarles. (Fogazzaro, 2015: 117).

Mar García Gámez, comparando al sacerdote con don Quijote, afirma que Manuel Bueno «antepone sus ideales a su conveniencia.» (Gámez García, 2020: 204). Prefiere predicar un mensaje que querría poder creer a confesar realmente sus ideas.

El narrador omnisciente, en Pasolini, refleja el pensamiento del cura, en este caso debatiéndose entre las ideas y los sentimientos; vemos las diferencias, y las contradicciones, entre el sacerdote como hombre y el sacerdote como difusor del mensaje católico:

Las ideas pueden hacerte vivir, es indudable... Pero vivimos de sentimientos, que mantenemos bien escondidos. Y yo, en cambio, solo he aprendido a predicar ideas. (...) Pero yo no soy un hombre. Yo tengo que ser testigo de Dios, no de mí mismo (Pasolini, 2021: 24).

Más adelante, en su diario como docente, leemos textualmente sus palabras:

Me siento humillado, descontento, devorado por un remordimiento constante e impalpable. En mis oraciones hay una fricción dolorosa entre el fervor y mi impotencia para abandonarme... Lo que me echa a perder como hombre y como sacerdote también me echa a perder como maestro. No sé amar, no hay Dios en mi amor, no comunico con Dios. En cada gesto mío, en cada intención mía, en cada palabra mía hay un trasfondo de impureza e imperfección, imperdonables. (Pasolini, 2021: 49).

El sacerdote Paolo no se limita a su función evangélica, sino que pretende mejorar la vida de la zona a la que le han destinado creando una escuela (el propio Pasolini, en su caso sin ser sacerdote, había ejercido como maestro en su etapa en Friül, en el pequeño pueblo de San Giovanni, con cinco amigos, en una casa abandonada):

La idea, muy vaga aún, de fundar en San Pietro una escuela vespertina o un curso para proporcionar un diploma de primaria a aquellos que, a causa de la guerra, no lo hubieran obtenido; a esa escuela vespertina también podría acudir Cesare Jop (Pasolini, 2021: 31)

Pasolini escribe: «Yo quería mucho a aquellos niños, que a su vez se habían encariñado apasionadamente conmigo» (Naldini, 1992: 86).

Vemos ciertas reticencias por parte de la población de San Pietro, aunque Cesare sí está entre sus alumnos, obligado por su padre:

La gente no parecía muy dispuesta a enviar a sus hijos, ya crecidos y en condiciones de trabajar, a perder el tiempo (Pasolini, 2021: 39)

San Manuel, implicado en el día a día de Valverde de Lucerna, sin embargo, no ejerce como maestro directamente, pero a menudo acudía a la escuela a ayudar al maestro a enseñar, tanto doctrina cristiana como todo tipo de conocimientos. Manuel Bueno no ejerce de maestro pero sí se implica en la vida cotidiana del pueblo, llegando incluso a realizar trabajos físicos, sustituyendo a trabajadores enfermos:

Su vida era activa y no contemplativa, huyendo cuanto podía de no tener nada que hacer (Unamuno, 2020: 92).

También Maironi, de *El Santo*, es un ermitaño que necesita acción:

No duda nuestro santo en trabajar gratis como jardinero en los huertos de las viudas y de los huérfanos. En cierta ocasión, fregó la escalera de la casa de los Selva para que la dueña de la casa no regañara a su anciana criada. (Luppoli, 1968: 56).

Manuel es un hombre al que no le gusta la soledad, quizá por ello se implica tanto en la vida del pueblo. Es posible, además, que esta vida tan activa le permita tener menos tiempo para dedicar a sus dudas.

Renato, que imparte clases en el Centro de Artes y Oficios, se convierte en confidente de Paolo, del mismo modo que Lázaro (como Renato, de evidentes ideas progresistas, llegando incluso a proponer la creación de un sindicato católico agrario, idea que rechaza Manuel, quien no quiere saber nada de asuntos políticos) lo es de San Manuel; así lo relata el sacerdote italiano:

Yo he renunciado a hablar con él de Dios y me avergüenzo de haberlo hecho: tiene un alma verdaderamente religiosa, por más que diga que no cree, entiende a Dios tal vez mejor que nosotros, que yo (Pasolini, 2021: 45-46).

Más adelante, Paolo se refiere así a su amigo Renato:

Yo lo envidio y lo admiro. Es mucho más puro, más simple, más humano (Pasolini, 2021: 51).

Renato y Lázaro, los dos amigos fieles de los sacerdotes de Unamuno y Pasolini, proceden de entornos familiares muy distintos: la familia de Renato pertenece a la burguesía y son religiosos y conservadores; el difunto padre de Ángela y Lázaro, en cambio, era un forastero con ideas progresistas que, como novedad, trajo libros a Valverde de Lucerna al casarse con ella.

Vemos dos caras en el personaje de Manuel Bueno: la alegre, magnética, que todo el pueblo ve, y la que solo conocen Ángela y Lázaro. Vemos enfrentados ahí al Manuel bueno y al Manuel mártir:

La estructura de la novela es así un díptico enmarcado que muestra las dos caras de don Manuel. (Villar, 2020: 862)

Esta dualidad la observamos también en la tesis de García Jiménez: “mantenerse en la tensión entre dos polos contrarios: una verdad terrible y el consuelo que cada hombre necesitara para vivir” (García Jiménez, 2011: 300).

Renato, además de ser confidente de Paolo, le informa sobre un hecho acaecido en una romería: en esta fiesta popular, ve a Cesare. Saber que Cesare tiene su vida más allá de la escuela, que tiene amigos, que disfruta de cierto ocio, levanta una serie de sentimientos en el sacerdote:

Me provoca casi un sentimiento de exclusión y de celos. (Pasolini, 2021: 58)

Estos sentimientos van en aumento, y así describe Paolo la llegada de la primavera en el adolescente:

Cesare lleva pantalones cortos, son los del año pasado, que ya le aprietan un poco: tan sucinto es como si tuviera algo de impuro... Su edad está cambiando y él no se percata, camina tranquilo, casi como si su belleza fuera tan solo una sombra. (Pasolini, 2021: 59).

La atracción sexual de Paolo hacia el joven Cesare puede reflejar la que tuvo Pasolini, con 26 años, hacia un joven, quien así lo relató a su sacerdote en una confesión (García Vila, 2015: 17). Este sacerdote no guardó el secreto y denunció en octubre de 1949 al escritor italiano, que tuvo que huir a Roma con su madre. Fruto de esta denuncia, que acabaría siendo archivada, fue

expulsado del PCI. Probablemente esta experiencia personal sea el germen de la novela que escribió ese mismo año.

El escritor, y amigo de Pasolini, Paolo Volponi dejó por escrito la experiencia de Pasolini así:

Todo el pueblo le quería, le consideraba verdaderamente como un pequeño profeta. Pero repentinamente estalló lo que después fue el drama de su vida. Entonces todo el pueblo, que le había querido muchísimo, se rebeló trastornado y furioso contra él. (Naldini, 1992: 125-126).

Si bien Paolo y Manuel dudan, no lo hacen sobre los mismos temas. Las dudas en Paolo no son sobre la propia religión. Para él, sin duda, Dios existe. No solo eso, sino que le vigila:

Estoy bajo la mirada fija del Señor. Siento su irónica presencia en mil mínimos signos. [...] Esa “cosa” no me deja en paz ni por un instante: su mero pensamiento me hace gemir continuamente y, signo de auténtica culpabilidad, me propone una y otra vez, sin pausa, ese gesto de violencia contra mí mismo que conozco desde hace muchos años: mi mano que se levanta para suprimirme. Es el cuerpo, el cuerpo, el origen de todo y hay que hacerlo desaparecer (Pasolini, 2021: 60).

Manuel ve la religión como una ideología utilitaria, que tiene que mantener feliz a sus creyentes (menciona la conocida frase de Marx, de que la religión es el opio del pueblo, pero aceptándola como algo positivo):

Don Manuel profesa el indiferentismo religioso: todas las religiones son igualmente verdaderas, a condición de que sirvan para mantener el estado de ilusión de sus creyentes. (González Alcalde, 1983: 284).

Un punto en el que convergen Manuel y Paolo es en que sienten aprecio hacia los personajes más rebeldes. Del modo de obrar de Manuel Bueno, podemos leer:

Por todos mostraba el mismo afecto, y si a algunos distinguía más con él era a los más desgraciados y a los que aparecían como más díscolos (Unamuno, 2020: 87).

También Paolo se siente más atraído hacia un personaje como el joven Cesare, que no parece demasiado interesado en aprender, en su escuela, y a la que acude a regañadientes.

5. CONCLUSIONES

En la novela de Unamuno, la personalidad de Manuel Bueno lo envuelve todo, empezando por el título. Aparecen personajes secundarios: su, al principio rival, pero más tarde fiel amigo, Lázaro, y Ángela, narradora testigo. Pero el peso principal lo lleva el sacerdote. En cambio, en la novela de Pasolini, si bien Paolo es tan magnético (tanto en físico como en carácter) como Manuel Bueno, personajes como Renato o incluso Cesare sirven de contrapunto a este sacerdote. Él da el título a la aldea de San Pietro donde ocurren los hechos, Romàns, que el lector conoce en ese inicial viaje en tren, antes de que ningún personaje llegue a ella, y no al joven sacerdote.

Paolo se siente tentado por el pecado en forma del cuerpo del joven Cesare. No llega a consumir ese pecado, la atracción sexual que siente por su alumno se queda ahí, no le dice nada, no lo toca, Cesare tampoco se le insinúa... El pecado se presenta para Manuel Bueno en forma de suicidio. No conocemos nada sobre la sexualidad de Manuel, pero sí sabemos de sus paseos por el lago, de su tentación por el suicidio... Tampoco llega a pecar. Fallece, de hecho, en la iglesia. Acompañamos a estos dos personajes en sus dudas, en su lucha interna, y asistimos en ambos casos a cómo no llegan a salirse de los cauces de la religión católica.

En ambas novelas, el espacio es importante. En el caso de Unamuno, el pueblo -con el lago y la montaña- se asocia a Manuel, y viceversa. En el texto de Pasolini, el pueblo se vincula a la situación económica de sus ciudadanos (pobreza) y a sus ideas políticas (comunismo). Aunque el marxismo aparece en la novela de Unamuno en una conversación entre Lázaro y Manuel Bueno, el sacerdote no quiere saber nada de política. Él actúa, pero a nivel individual, nada de colectivo. Sabemos también de la pobreza de Valverde, de la emigración; sin embargo, a excepción de Lázaro, ningún personaje habla de política, en ese pueblo.

BIBLIOGRAFÍA

- Díaz Perez, Juan Carlos (1993): “Presencia de la cultura española en la obra de Pier Paolo Pasolini.”
Revista de filología románica, 10: 65-84.
- Fogazzaro, Antonio (2015): *El Santo*, Madrid, Funambulista.
- Gámez García, Mar (2020): “Una lectura quijotesca de San Manuel Bueno, mártir, de Miguel de Unamuno”, *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 4: 197-216.
- García Jiménez, María Dolores (2021): *(In)mortalidad y dimensión poética de la Fe en Miguel de Unamuno*. Tesis doctoral. Universidad de Sevilla. <https://idus.us.es/handle/11441/15100> (ultimo acceso: 12/10/2022).
- García Vila, Antonio (2015): “Pier Paolo Pasolini contra la modernidad”, *El Viejo topo*, 325: 16-21.
- González Alcalde, Eduardo (1983): *Semiótica e ideología en “S. Manuel Bueno y Mártir” de Miguel de Unamuno*, Tesis doctoral. UCM. <https://eprints.ucm.es/id/eprint/53134/1/5309866816.pdf> (ultimo acceso: 12/10/2022).
- Luppoli, Santiago (1968): “*El Santo* de Fogazzaro y *San Manuel Bueno, Mártir*, de Unamuno”, *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 18: 49-70
- Maresca, Mariano, y Bazzocchi, Marco Antonio (2006): “Pasolini o la fuerza del pasado”, *Minerva: Revista del Círculo de Bellas Artes*, 1: 60-62.
- Naldini, Nico (1992): *Pier Paolo Pasolini*, traducción de Mercedes de Corral, Barcelona, Circe.
- Nicholas, Robert L (1983): *Unamuno, narrador*, Madrid, Castalia.
- Pasolini, Pier Paolo (2021): *La aldea de Románs*, Madrid, Altamarea.
- Pellegrini, Rienzo (1985): “L’època friülana de Pasolini”, *Reduccions: revista de poesia*, 26: 64-67
- Unamuno, Miguel de (2020); *San Manuel Bueno, mártir*, edición de Lourdes Yagüe Olmos, Madrid, Anaya.
- Villar Ezcurra, Alicia (2020): “El secreto juego de *San Manuel Bueno, mártir*: la apuesta por el amor y el contento de vivir”, *Pensamiento* (Universidad Pontificia de Comillas), vol. 76 , 291: 855-875.



SOBRE LA AUTORA

Rebeca Martín Gil

Profesora de la especialidad de Lengua castellana y literatura en secundaria en la Comunidad de Madrid.

Contact information:

rebecamartingil@yahoo.es

rmartingil@educa.madrid.org